

JUEVES CINEMATOGRAFICOS

DE

El Dia Grafico

NÚMERO 380

9 Mayo 1935

CAROLE LOMBARD,
la estrella más desgraciada del lienzo,
según nos revela el adjunto artículo
(Fot. Paramount)



TRAS LA PANTALLA EN HOLLYWOOD

El mundo teatral sabe, desde hace tiempo, que «todos los caminos van a Hollywood». En una reciente producción tomaron parte tres rusos, un español, tres polacos, un alemán, dos suizas, un natural de la isla de Man y norteamericanos de todos los Estados, desde el Atlántico al Pacífico y del Canadá a México.

En la película a que nos referimos, una mujer graduada con altos honores en una de las más famosas universidades del país, se olvidó de su distinguida dicción para convertirse en una cocinera; un ex miembro del Servicio Secreto británico encarnó a un labriego polaco; un hombre que como teniente coronel del ejército alemán recibió tres heridas durante la guerra mundial, trabajó al lado de una dama célebre por sus conocimientos sobre la historia norteamericana de la época colonial.

«Noche de nupcias» es la película en cuestión, una producción de Samuel Goldwyn con Gary Cooper y Anna Sten, en los papeles estelares, distribuida por la United Artists. Goldwyn, al igual que otros productores de Hollywood, se preocupa poco de las nacionalidades, raza o historia, estando únicamente interesado en lo que el artista pueda dar al cine.

Todo buen hollywoodense sabe que el «sabor» que así adquieren las cintas norteamericanas es en parte responsable por su extraordinario y continuado éxito en otros países. Excepto en Inglaterra, casi todas las editoras cinematográficas de otros países tienen sólo a hijos del país en sus elencos, Hollywood es el único centro cinematográfico que no se ocupa del lugar en que haya nacido el actor. Verificaremos este hecho dando una breve reseña sobre las personas que intervinieron en la realización de «Noche de nupcias».

Por ejemplo, Gary Cooper nació en Montana y se crió y estudió en Inglaterra y en el estado de Iowa; Anna Sten nació en Rusia, hizo su aprendizaje teatral en Alemania y Francia, y apenas hace dos años y medio que reside en los Estados Unidos. El es trigueño y puro norteamericano en tipo; ella es rubia y netamente eslava en el aspecto.

Los otros primeros artistas son, Helen Vinson, Ralph Bellamy y Siegfried Rumann. Helen Vinson es del Sur, tejana, y Bellamy se fugó de su

casa en Chicago, para entrar en una compañía teatral dedicada a presentar las obras de Shakespeare. Rumann, natural de Alemania, ex teniente del ejército germano, vino a los Estados Unidos después del armisticio, porque dos oficiales norteamericanos que conoció en un campo de concentración le habían ensalzado las oportunidades que ofrecía este país.

Las dos artistas suizas son la jovencita Hedi Shope, de Zurich, y Milla Davenport, una veterana de sesenta años, que después de haber trabajado varios años en teatros de variedades, lleva ya veinticinco en el cine.

Hilda Vaughn, la graduada univer-



sitaria, es la que hace de cocinera, y Robert Louis Stevenson, sobrino del famoso poeta y novelista inglés, tomó el papel de un labriego polaco, porque su pericia en lenguas extranjeras, de la que sacó gran partido en el Servicio Secreto británico durante la guerra mundial, le permite interpretar a maravilla cualquier carácter que necesite un acento extranjero. Stevenson nació en la isla de Man,

Como la película tiene un fondo polaco, Goldwyn contrató a varios artistas polacos. Lewis Lubitsch fué el asesor técnico de King Vidor, el director, que es tejano; el conde W. J. D. Sobieski, uno de los descendientes del último rey de Polonia, y Harold T. Zulanski, ex director de una academia de baile de Varsovia, ayudaron al productor a dar a los escenarios, vestidos y manera de hablar, la querida autenticidad.

DOS PRODUCCIONES DE DARRYL ZANUCK

No contento con el gran éxito obtenido con «El poderoso Barnum», Darryl Zanuck, de la 20th Century, ha presentado al público norteamericano dos magníficas producciones, «Clive de la India» y «El caballero del Follies Bergere», dos admirables espectáculos que han merecido la más entusiasta acogida por parte del público y la crítica.

«Clive de la India», por Ronald Colman y Loretta Young, es uno de esos espectáculos avasalladores en su grandeza, por sus irradiaciones épicas, su fuerte dramatismo y su argumento real e histórico, siempre más interesante que las creaciones imaginativas de un escritor. Este film constituyó, al ser estrenado en el Rivoli, el exitazo del Broadway, y donde quiera que se ha presentado después está cosechando grandes triunfos.

La 20th Century no es de las que se duermen en sus laureles, y el propósito de Zanuck de ofrecer al público constantemente films de gran atractivo y fuerte valor espectacular está viéndose coronado en forma brillante. «El caballero del Follies Bergere», por Maurice Chevalier, es el más reciente de los éxitos logrados por el llamado «the miracle man of Hollywood» el hombre milagroso de Hollywood». Esta producción, según los datos que tenemos, es una comedia musical que sobrepasa cuanto se había hecho en este género. Su éxito de público y crítica en Nueva York ha sido rotundo, afirmándose que es el mejor film del cómico francés, que muestra como nunca su vis cómica.

Sir James Barrie visita a Elisabeth Bergner en el «set»

Sir James Barrie, el famoso autor de «Peter Pan», se mostró espectador interesado de la labor de Elisabeth Bergner ante la cámara cuando se rodaba «Escape Me Never» («No me dejes»), pues efectuó una imprevista visita al «set» en los estudios British & Dominions de Boreham Wood (Inglaterra). El ilustre escritor es, naturalmente, un amigo íntimo de la Bergner y acaba de terminar una obra teatral escrita especialmente para ella.

Estuvo allí el tiempo justo para ver «casarse» a la eximia estrella. Esta es una intrigante escena que se desarrolla en la oficina del Registro Civil entre la Bergner, que encarna a Gemma, y Hugh Sinclair, apuesto galán que encarna a Sebastián, el alegre y despreocupado compositor, siendo Lawrence Hanray quien preside la ceremonia.

CAROLE LOMBARD LA ESTRELLA MAS DESGRACIADA DEL LIENZO

Por CECILIA A. MANTUA

Carole Lombard y Jean Harlow, las dos rubias más exquisitas de Hollywood, han sido las dos mujeres que con mayor entusiasmo ha enamorado William Powell, el eterno detective-aventurero del lienzo. La primera compartió con él el lazo conyugal durante dos años. La segunda es la candidata a futura Mrs. William Powell. Así, por lo menos, lo cuenta el chismorreó cinematográfico.

Una de las bodas que ha causado mayor sensación entre la colonia hollywoodense fué la que celebraron en septiembre de 1931 William Powell y la deliciosa estrella Carole Lombard. Se conocieron durante el rodaje de una película y se enamoraron sintiendo mutuamente una de esas pasiones volcánicas tan frecuentes en la ciudad de la locura.

Carole Lombard era, hace cuatro años, una mujercita muy joven, pero que había luchado con ardor infatigable durante los cortos años de su juventud. Empezó a darse a conocer al público cuando trabajó en el lienzo. Jamás ha interpretado Carole el papel más insignificante en las tablas. Llegó con sus padres a Hollywood siendo todavía una chiquilla, cansada de la vida monótona y burguesa que llevaban en Indiana. Ingresó seguidamente en la escuela particular de arte dramático. Cuando terminaba su educación, los estudios Fox le brindaron una prueba, a la que se sometió y salió triunfante, logrando un contrato por cinco años. Comenzó entonces para ella la lucha ardua y cruel. Carole Lombard no era la misma de ahora, la rubia estilizada representante de la máxima femineidad de la pantalla. Carole era entonces alta, fuerte, robusta, poseía unos ojos grandes, profundos, azules, y sombreaba su ancha frente su cabello negro con reflejos azulados. Sus películas de aquel tiempo no muy lejano, al visionarlas hoy, nos brindarían una estrella totalmente distinta a la que admiramos.

A los cuatro años que llevaba trabajando, siempre por cuenta de la Fox, sufrió el horrible accidente que conoce todo el mundo cinematográfico y que desfiguró de un modo lamentable su bellissimo rostro. Todavía guarda la estrella, bajo el nacimiento de su dorada cabellera, una visible cicatriz, horrenda herida que puso en peligro su vida. La ciencia hizo cuanto pudo para devolver a la actriz la belleza de su cara. Una operación difícilísima, a la que se prestó sin ningún entusiasmo, obró el milagro, y convaliente la adorable Carole, se

encontró más bonita que nunca, pero sin un dólar para costear su operación. El contrato con la Fox expiraba y ante la duda de sus posibilidades físicas después del accidente, nadie habló de renovarlo. Pathé le ofreció una oportunidad para actuar ante el lente como bañista de Mack Sennet, donde permaneció un año y medio entre el oleaje de la playa y las forzadas payasadas de sus buenos compañeros.

El tiempo se deslizaba con lentitud y la vida a pleno aire, a pleno sol, en las playas de California le devolvieron su salud y sus energías perdidas. Paramount, en su infatigable búsqueda de bellezas, contrató a Carole Lombard, y la puso como «leading lady» del feísimo William Powell. El astro, recientemente divorciado de Eileen Winson, sintióse atraído por la sutilísima belleza de Carole, y ella, un tanto fatigada de su lucha, deseosa de compartir sus ilusiones de arte con alguien que supiera comprenderla, se casó con William. El mundo entero comentaba su boda. Se retrataban juntos, abrazados, mientras Jean Harlow, la primera «flapper» platinada de Hollywood, daba un escándalo de gran «reclame» divorciándose de Charles F. McGrew, en enero de 1931.

Nunca fué celosa Carole Lombard. Ella misma lo ha dicho algunas veces a los indiscretos «reporters». Ella nunca pudo creer en la infidelidad de un hombre tan correcto y leal como su William. Este, sabido es que con su aparición en el lienzo y en las portadas de magazine de aquella cabellera alba de la «glamorosa» Jean Harlow, comenzó a admirarla, a elogiar su arte originalísimo de vampirisa joven, ingenuamente pervertida con rivetes de comicidad.

Carole Lombard, que posee un arte más fino que la Harlow, tamizado por la estilización aristocrática de su figura de princesa moderna, fingía no verlo, tranquilizándose cuando el sentimiento admirativo de su esposo quedó anulado y silenciado, al enterarse, en septiembre 1932, que Jean Harlow se casaba con el famoso productor Paul Bern. Hollywood entero asistió a la boda. Carole y William formaron parte del cortejo nupcial. Prestaron sus rostros sonrientes al fotógrafo amorosamente cogidos del brazo. La Harlow vistió lindísima «toilette» nupcial, partió el «cake» de boda junto a su cuarentón y, en apariencia, feliz esposo. Nadie se explica cómo a los dos meses Paul Bern pudo

aparecer una mañana caído sobre la alfombra como un pelele derengado en actitud trágicamente grotesca y con un tiro en la sien.

¡Scandal! ¡Reclame! Espejismo mundial hacia la estrella. Fotos llorando en actitud desmayada. Exhibición pública de su desconuelo, y la actriz viuda—algo raras veces visto en Hollywood—perturba de nuevo el corazón de William Powell.

Si Carole Lombard sufrió al enterarse de ello, es algo que no ha llegado al público. ¿Qué sabemos en el mundo entero de la amargura de las estrellas? A nuestros ojos son ídolos de celuloide, pero en realidad son seres de carne que también sufren. William Powell, por otra parte, algo defraudado de la vida matrimonial, censuraba duramente en público la labor de su mujer, y ésta, sin perder por un momento su actitud correcta de damita chic, le propuso el divorcio con una magnífica diplomacia muy siglo XX.

El fallo a favor de Carole por incompatibilidad, llegó en septiembre de 1933.

Libre William, hay quien dice que abandonó toda idea matrimonial. La prensa americana le juzga desconsolado por el abandono de su esposa. Sea por lo que fuere, no se le ve por ninguna parte con Jean Harlow y ésta sorprende con el anuncio de una nueva boda que se celebra en enero de 1934 con el imberbe Hal Rosson, un cameraman muy joven. La caprichosa Jean no puede conservar por mucho tiempo indisoluble el lazo conyugal, y antes que el mundo entero tuviera tiempo de enterarse, se divorcia a los siete meses de casada.

Hoy Jean Harlow y William Powell son los tortolitos de Hollywood. Ella, hermosa, provocativa, riendo con su boca tentadora de diablesa, y su cabellera aureoleada, que cambia de color según el film. Más sugestiva que nunca. El, imperturbable, pero sin ocultar su amor por Jean.

Carole Lombard, la damita chic, es hoy la estrella más desgraciada del lienzo. Su amor por Russ Colombo, ha tenido el rubricado cruel del suicidio, un pistoletazo en la sien, parecido al de Paul Bern, por Jean Harlow. Carole, la rubia adorable de la espiritualidad máxima, es una estrella sin alma, hasta que el amor, o el dios reclame le impongan una nueva pasión.

De Jean Harlow ya rumorea el mundo algo en común con Franchot Tone...

WILLIAM POWELL,
EL EX MARIDO DE CAROLE
LOMBARD, FLIRT ACTUAL
DE JEAN ARLOW
← (Fot. Radio Films)



OTRA FOTO DE CAROLE
LOMBARD CUANDO RODO,
BAJO LOS AUSPICIOS DE
COLUMBIA, «LA COMEDIA
DE LA VIDA»
SU ODIADA RIVAL, LA DE-
LICIOSA JEAN HARLOW,
EN SU CAMERINO
← (Fot. M. G. M.)

LA MODA EN EL LIENZO



LORETTA YOUNG, STEFFI DUNA
Y KAY SUTTON, LA PRIMERA DE
LA METRO, Y LAS OTRAS DE
RADIO FILMS, EXHIBIENDO TRES
PRECIOSOS MODELOS

EL SENCILLO SECRETO DE JOAN CRAWFORD

Por F. RIVERO

Después de dar, con los ojos del espíritu, un rápido vistazo a la senda que la condujo desde la obscuridad hasta el más brillante de los éxitos, Joan Crawford condensa en esta frase todo cuanto la experiencia le ha enseñado:

—No existe—nos dice—sino una manera de triunfar en la pantalla; «la sinceridad artística y el trabajo constante...»

Fórmula de tan franciscana sencillez sorprende, de por sí, cuando se la compara con los alambicados consejos y pareceres que hasta hoy emanarían de Hollywood, pero es mucho más sorprendente todavía cuando se la oye decir a Joan Crawford. ¡A la vivida Joan, cuyo solo nombre evoca en el espíritu la visión de ideales que tiemblan como azules llamas y entusiasmos que fulgen como aceros! ¡A la mujer cuyo recuerdo nos habla de emoción, de aventura, de drama, de todo, en fin, menos de cosa tan simple como esa: «sinceridad y trabajo constante.»

Pero, simple o no, destila verdad por todas sus letras, según Joan.

Ante todo, a la sinceridad atribuye ella el éxito suyo que, como bien sabemos, representa «un hecho fenomenal dentro de una industria fenomenal.»

—La sinceridad—nos dice Joan, con ese reposado acento que le es propio—puede suplir la carencia de muchas cosas... Cuando uno principia esta carrera del cine, se encuentra más o menos desconcertado. ¡Dios sabe que por mucho tiempo me sentí de tal modo! Pero si uno es sincero en su arte, si tiene la ambición honda y vehemente de ir más allá de lo mejor, es muy posible que llegue a ser «el uno que descuella entre los mil.»

Ambición, sinceridad, trabajo, no son palabras vacías. Cada una de ellas tiene cierto intenso sentido que sólo espíritus hermanos del de Joan saben comprender.

Para ella esas tres palabras están asociadas con los más trascendentales episodios de su vida; la llevan como tres naves maravillosas, hasta los más remotos confines del pasado. Al tiempo en que, apenas adolescente, trabajaba como sirvienta en un colegio de muchachas... Luego, cuando en un humilde café cantante de Kansas City luchaba por destacarse entre las otras bailarinas del coro... Más tarde cuando siendo «extra» en Hollywood hacía todo esfuerzo por merecer papeles de mayor importancia.

El advenimiento de los días prósperos ha intensificado la laboriosidad de Joan, en vez de producir el efecto contrario, como en muchas ocasiones sucede. Quienes la cocen íntimamente saben bien cuánto y cuán duro esfuerzo pone a diario en la hechura de sus películas, en el manejo de su casa, en sus lecciones de piano, en las obras de caridad que practica calladamente y en las cien mil cosas más que siempre está haciendo con

la mira de contribuir a sus progresos artístico...

Su última película Metro Goldwyn Mayer, «Cuando el diablo asoma», en la cual trabajó con Clark Gable y Robert Montgomery, es un excelente ejemplo de cómo Joan sabe entregarse íntegra e incondicionalmente a su trabajo. Durante las varias semanas de esta producción, a pesar de que hacía un calor insoportable, no pudo Joan disponer ni siquiera de los minutos necesarios para darse una zambullida en su piscina, o para sentarse a descansar en su jardín. Todas



su energías—que son tantas—estaban concentradas en la interpretación de «Mary», la heroína de la obra.

Este proceso de «consagración absoluta» es, indudablemente, la razón del éxito logrado por Joan en esa y en todas sus demás películas.

—Desde el momento que leo mi papel por primera vez—nos dice a este respecto—empiezo a pensar con la heroína, a vivir como ella, aun a vestirme y a peinarme como creo que ella lo haría. Así, cuando llega la hora de actuar, me he penetrado de tal modo con su naturaleza que «ya no soy yo, sino ella...»

Y como preguntáramos a Joan cuál es su «modus operandi» para llegar a tal resultado, hubo de explicárnoslo así:

—Lo primero es concentración. Leo el papel repetidas veces, analizando el carácter intrínseco de mi personaje lo más minuciosamente posible.

Una vez que creo conocerlo, hago como una especie de «entrega de mi yo» a esa nueva persona.

—Naturalmente, tengo que decidir entonces una infinidad de cosas menudas respecto a ella. Por ejemplo: ¿cómo se porta en presencia de las gentes humildes y cómo lo hace cuando está con las de categoría? ¿Tiene o no un tono de cultura y refinamiento en la voz? ¿Cómo se peina? ¿Cómo se arregla la cara? Del acierto con que esas minucias se resuelvan, suele depender en mucho el éxito de la interpretación.

—A veces, por supuesto, no tengo que hacer gran esfuerzo en este sentido. Si usted piensa por largo tiempo en una persona y se identifica con ella espiritual e intelectualmente, parece que esas cosas se hacen de una manera casi automática.

Luego, volviendo al punto de la sinceridad en el arte, que es su tema favorito, Joan se expresa así, animada de un entusiasmo que le hace chispear las pupilas:

—Sinceridad es la base de mi trabajo. O, mejor dicho, todo cuanto yo hago ante la cámara depende exclusivamente de la sinceridad y de la emoción... Muchas veces, antes de entrar a escena decido hacer determinadas cosas en determinado momento, un gesto aquí o un movimiento más allá. Hasta llego a ponerlo en práctica durante los ensayos. Pero invariablemente, cuando viene la hora de filmar, olvido todo eso y me transformo por completo en el personaje que estoy encarnando. Cuanto hago entonces lo hago espontáneamente.

—Ya es usted—concluye Joan con una sonrisa—dueño de mi fórmula infalible para el éxito cinematográfico: ser sincero y trabajar duro. Como bien puede ser aplicada a otros órdenes de la vida, si usted o alguno de sus lectores quieren ensayarla, está enteramente a su disposición. No la tengo registrada.

Una singular entrevista radiofónica a una distancia de más 15,000 kilómetros

Una de las singulares entrevistas periodísticas que registran los anales de la telefonía sin hilos fué la celebrada hace poco con la participación de la fascinadora estrella rusa Anna Sten, Samuel Goldwyn, Eddie Cantor y el director del diario nipón, quienes se hallaban, respectivamente, en Hollywood, Nueva York y Osaka (Japón).

La entrevista en cuestión fué la primera conferencia radiofónica efectuada entre los Estados Unidos y el Japón, desde que se inauguró el

GENTE DE HOLLYWOOD

ALGO DE LA VIDA DE HERBERT MARSHALL, QUE ES LA VIDA DE TODOS LOS «ASTROS»: ALEGRÍAS Y TRISTEZAS

Por TONNY BALLESTER

Efectivamente. El título que hemos impuesto a la biografía de Herbert Marshall, es verdaderamente acoplado a la verdad y resultante de una vida que corre, porque un sino la empuja fuertemente.

Cuando vemos en la pantalla al gran Herbert, recordamos esta misma biografía y recorreremos tras su figura, llena de distinción, todas sus etapas, por las cuales ha pasado...

Nació el popular actor en la capital del Gran Imperio Británico, la ciudad de la eterna niebla: Londres. Sus padres le «obligaron» a estudiar ciencias comerciales y contabilidad. Una vez graduado en una academia de la ciudad, consiguió empleo en una importantísima casa comercial, pero el trabajo de la oficina no le interesaba. Aquella tarea de largas horas de luchar con los números le repudiaba. Y a las pocas semanas perdió el empleo, por cierto muy ventajoso y de porvenir. Ayudado eficazmente por su padre, pudo ingresar en el Teatro, su verdadera afición, cuando apenas rayaba en sus diecinueve años. Se trataba de una modestísima compañía dramática, y la parte que se le asignó fué... la de vigilar los ingresos en taquilla.

Peró, como hemos dicho que la compañía era modestísima y tarde o temprano tenían que actuar todos en escena, llegó el día del debut de Herbert Marshall, realizando un modesto papel de sirviente en «Las aventuras de Lady Ursula».

Su primera aparición ante el públi-

servicio de telefonía sin hilos transpacífico. Los cuatro interlocutores estaban simultáneamente en una misma «línea», de más de quince mil kilómetros de extensión, oyendo cada uno de ellos lo que los otros decían. El director del «Ashai», el rotativo de mayor circulación de la gran ciudad de Osaka, preguntó a Anna Sten cosas acerca de su última película «Noche nupcial», la cual constituye actualmente uno de los mayores éxitos cinematográficos de la temporada; y a Eddie le pidió detalles sobre «El chico millonario». «Ashai»—está muy interesado en noticias cinematográficas por razón de la popularidad de que gozan allí los films de Hollywood. Cantor es en el Imperio uno de los grandes favoritos, y Anna Sten con sus dos pri-

co londinense, tuvo lugar en el teatro de las Princesas, interpretando —y por cierto magníficamente—uno de los papeles secundarios de la comedia «Los millones de Wexter». Luego, tiempos después, ascendió rápidamente, por intuición y afición al arte, realizando una larga excursión por Canadá y los Estados Unidos, donde trabajó con Cecil Maurice, en otra comedia titulada «Grumpy».

Llegó la gran guerra, y Marshall ingresó en el ejército inglés. Y con su valentía, fué herido gravemente.

Firmada la paz, mediante el Tratado de Versalles, reanudó, en 1918, su carrera teatral. A los cinco años, después de haber abandonado el teatro y de haber trabajado en diferentes obras de beneficio y de solaz esparcimiento para las tropas, fuése a Nueva York, donde alcanzó un grandioso éxito con la protagonización—ya—de «Thesse Charming People».

Peró Marshall no estaba contento con la suerte que le perseguía rápidamente. Y añorando a su patria, regresó súbitamente a Londres, donde permaneció completamente inactivo en el arte escénico y si solamente dedicóse a admirar la ciudad que le vio nacer y a la que tanto añoraba.

De regreso a los Estados Unidos, actuó en dos comedias más, y su manera de trabajar, más perfecta y personal, le valieron mucho éxito, a la par que afianzaron su fama.

Uno de los muchos «exploradores» que se dedican por el ambiente teatral a la búsqueda de elementos para

meras películas se ha establecido como una de las grandes luminarias ante el público nipón. El gracioso cómico, que había regresado recientemente de un viaje a Europa, dijo que posiblemente iría a Oriente durante sus próximas vacaciones, el verano venidero, agradeciendo el director de «Ashai» tal información, que seguramente despertaría mucho entusiasmo entre el público cineísta del Japón.

Samuel Goldwyn sostuvo también amena plática con el destacado periodista japonés, quien ha dado una gran prueba del empuje modernista del periodismo en el lejano Imperio, al ser el primero de su profesión que ha realizado una entrevista transpacífica con unas estrellas y un productor de Cinelandia.

el cine, lo descubrió, contratándolo para filmar «The Letters», que fué la primera película y aparición ante el lienzo blanco, de cuya cinta era protagonista la estrella, ya olvidada completamente, Jeanne Eagel.

A esta su primera actuación en la pantalla sonora, siguieron otras, intercaladas rapidísimamente, y en las cuales destacó por sus actuaciones completamente felices, y entre las que destacáronse «La Venus rubia», con Marlene Dietrich, y «El solitario».

El carácter de Marshall es extremadamente quieto. Siempre está callado. En el estudio, los ayudantes de los directores pasan junto al «chaisse-longue» donde descansa, y sin percibirse de su presencia.

Asimismo obra cuando se le presenta a alguien, saludando solamente con una pequeña y elegantísima reverencia.

Un «vicio» de Herbert es su manía en tomar el té a las cuatro en punto y en el escenario, acompañándolo con galletas inglesas, de las cuales lo provee su familia, desde Londres...

Herbert Marshall es uno de los actores que más cuidan y que más lleno tiene su guardarrophia. Usa siempre corbatas de lazo, por las que siente una verdadera predilección, teniendo «archivadas» una enorme cantidad de ellas en los percheros.

Herbert tiene un hombre de confianza, y éste es Tommy Turner, un fiel amigo y ayuda de cámara, conocido en todo Hollywood. Tommy ha servido únicamente a Ronald Colman y ahora a Marshall.

El deporte favorito de Marshall, en el verano, es el remo y pescar. Para realizar su deporte lo hace en la costa de Cornwall (Inglaterra), cerquísima de su casa de campo, construida toda ella de piedra, con enormes ventanales que dan sobre el propio mar.

No hay que decir que Marshall rejuvenece y gana un gran tanto por ciento con las temporadas que pasa en su finca.

Marshall está casado actualmente, con Edna Best, una chica que en algún tiempo trabajó también para el cinematógrafo.

Su reducido círculo de intimidad le apoda cariñosamente «bart». Cuando se halla caracterizado y maquillado convenientemente para posar ante los tomavistas, Herbert tiene la costumbre de pasarse una gamuza por la cara, con objeto de conservar propiamente el maquillaje.

En Inglaterra es miembro honorario del «Green Room Club» y del «Garrick Club», en los cuales figuran las más altas personas de la aristocracia londinense.

En la actualidad, Marshall se ha enfrentado con Greta Garbo y Norma Shearer, en sendas superproducciones. Esto, por sí solo, ya le proclama para el estrellato... si no hiciera tiempo pendiera esta condecoración de su pecho.

Se anuncian para él y dentro de poco, su aparición ante la pantalla y actuando de partenaire de famosas vedettes...



STAN LAUREL Y OLIVER
HARDY, DE LA METRO,
EN UNA POSE CARACTE-
← RISTICA



CONCHITA SU-
PERSVIA, MON-
NETTE DINNAY
Y RAUL MARCA,
EN LA PRODUC-
CION ALEMANA,
DE LA UFA.
«NOCHE DE MAYO»



UNA ESCENA DEL
FILM «IRELA», DE
LA BRITISH, EN
«LA DAMITA AME-
← NAZADORA»